Relatos Oscuros

Víctor Antonio Gutiérrez Iglesias

Capítulo 1

La Pianista de la Calle Kolberg

Todo acabó la noche del 31 de octubre de 1925, víspera del Día de Todos los Santos. Una fecha que me va a estar atormentando hasta que Dios decida mi destino final. Recuerdo cada detalle de todo lo que pasó ese día, aunque no puedo decir lo mismo del principio de esta historia. Aquello fue un cambio tan sutil que desde la primera nota se convirtió en un hábito para todos los vecinos de la calle Kolberg. Un hermoso hábito al principio, de eso no cabe duda.

Aquella mujer. Nadie le había visto la cara. Nadie sabía su nombre. Nadie sabía, siquiera, que en aquella casa estuviera alguien viviendo en ese momento. Pero la melodía…

La calle Kolberg era un pequeño vecindario, realmente íntimo, comparado con el resto de zonas cercanas al lago Alster. Un vecindario formado por humildes trabajadores que habían luchado por Alemania durante la Gran Guerra, y por algunas viudas, esposas de aquellos que no habían vuelto con vida del conflicto. Sin embargo, una vivienda despuntaba en aquella serie de bloques de apartamentos. Una única gran casa de dos plantas.

Los anteriores dueños habían fallecido sin descendencia poco después del fin de la guerra, antes de que mi familia y yo nos instaláramos en el edificio que se situaba justo enfrente, o de eso estaba yo informado por los rumores. Jamás había visto vida en el interior de aquellos muros, hasta que, una noche, cálida para estar ya acabando el verano, decidí salir al balcón para fumar. Allí la vi. La luz de una vela proyectaba, a través de unas cortinas blancas, la figura de una mujer delgada con una larga melena lisa tocando un gran piano de cola.

Ese fue el momento en el que tomé consciencia de que hacía ya muchos meses que había estado escuchando ese mismo piano, día y noche. Me creí necio al principio. ¿Cómo podía no haberme dado cuenta antes de que esa melodía acompañaba la vida cotidiana del vecindario? Pero más tarde, dejé de darle importancia. De todas formas, aquella música resultaba realmente agradable, algo que hablé con el resto de vecinos durante los días posteriores. Algunos de ellos no se habían percatado del sonido hasta que yo lo mencioné, otros lo habían hecho antes que yo. Sin embargo, todos estábamos de acuerdo en una cosa: aquella melodía nos hacía sentir más vivos.

Las viudas sentían cada vez menos pena por sus maridos muertos, los enfermos sanaban progresivamente, los niños salían con más frecuencia a jugar a la calle, y los trabajadores acabábamos nuestras jornadas laborales con entusiasmo por volver a casa y oír, de nuevo, aquella

melodía angelical. Aquellas teclas funcionaban como cuerdas de titiritero, que nos ayudaban a levantarnos por la mañana y vivir un día más. Proporcionaba luz a la penumbra de aquella pequeña calle de Hamburgo.

Esta fase duró unas semanas. Hubo un punto de inflexión cuando, a primeros de octubre, la música se vio interrumpida por un sonoro y estridente acorde que paralizó la calle Kolberg por completo. Tras unos instantes, la melodía continuó, pero no era la misma, aunque lo parecía. Había cambiado, pero no sabría decir cómo. Se volvió un poco más siniestra. Si hay alguna palabra en nuestro idioma capaz de describir aquel cambio, es esa. Un par de horas más tarde, a mi esposa le llegó la terrible noticia de que Alphonse Schültz, un anciano que vivía en uno de los pisos de la planta baja de nuestro edificio, había muerto a causa de un intenso episodio de fiebre.

Los servicios de emergencia se habían llevado ya el cuerpo cuando un grupo de vecinos acudimos a dar el pésame a la señora Schültz. Nos encontramos la puerta del apartamento abierta de par en par y, a la viuda, balanceándose en una mecedora frente a la ventana, mojada por la lluvia otoñal, y con la mirada fija en la casa de enfrente, mientras de esta seguía saliendo una interminable melodía de piano. La mujer no pareció siquiera notar nuestra presencia.

Tras varios intentos de devolverla a la realidad, todos empezamos a salir de la casa. Yo era el último. Estaba cerrando la puerta de la vivienda cuando escuché algo que el resto no.

—Müller… —me frené en seco, y volvió a repetir— Müller…

Era un susurro, casi inaudible, venía de la anciana. Me acerqué a ella, después de cerrar la puerta tras de mí. Hinqué la rodilla junto a su mecedora para ponerme a su altura.

—Müller…

—Señora —dije lentamente, mirando sus ojos perdidos—, ¿quién es Müller?

Pasaron unos largos segundos en los que no se escuchó nada más que la combinación de la lluvia y la eterna pieza de piano. La señora Schültz levantó un tembloroso brazo, que señalaba al mismo sitio que su mirada: la ventana iluminada del segundo piso de la casa de enfrente.

—Müller…

Al cabo de un rato, salí del apartamento y volví a casa junto a mi familia.

Pasé varios días pensando en lo ocurrido. Mientras hacía mis horas en la fábrica, lo único que pasaba por mi cabeza era Müller y aquella inacabable canción. Era una sensación extraña y difícil de explicar. No la podía escuchar, porque la fábrica estaba lejos del vecindario, pero sentía como si pudiera seguir la melodía incluso aunque no la escuchara. Se podría decir que la melodía formaba parte de mí. O no. Más bien, yo formaba parte de la melodía. En cierto punto, comencé incluso a trabajar al ritmo de una música que era inexistente para el resto de trabajadores.

Pero Müller… ¿Quién era Müller? La vieja había señalado a la pianista. ¿Acaso la conocía? No podía ser. Ya habíamos hablado todos los vecinos sobre aquella mujer, y nadie había oído hablar de ella. Quizá los Schültz nos hubieran estado ocultando algo. Pero, ¿qué? ¿Y por qué?

Sabía que, estando el cadáver de su marido todavía caliente, no era una idea muy altruista acribillar a preguntas a la pobre anciana. Por eso, decidí acudir a los vecinos de otros bloques de pisos de la calle Kolberg. Pregunté por el apellido Müller, en relación con la gran casa en la que se alojaba la pianista. La mayoría no tenían idea de la relación que podía haber. Unos pocos contestaron, todos con la misma respuesta: «Müller es como se apellidaban los anteriores dueños de la casa». Pero nadie podía darme más detalles… Excepto el viejo Thomas Weber.

—Chico, lleva cuidado con la información que pides. Puedes acabar encontrando cosas con las que no te gustaría toparte —fue la respuesta que dio ante mi muestra de curiosidad.

—Señor, por favor —le supliqué, mirándole los ojos, rodeados de leves arrugas—. Ha muerto un hombre, y su viuda pronunció ese apellido mientras miraba fijamente a la condenada casa.

—Los médicos dijeron que fue una fiebre. Además, era viejo. No pasará mucho tiempo hasta que a mí me lleve otra igual.

—No me interesa lo que dijeran los médicos, Thomas. Usted sabe, igual que yo, que algo raro está ocurriendo en esta calle. Esa mujer no come ni duerme. ¡Por el amor de Dios, ni siquiera va al puñetero retrete! Tan solo toca el maldito piano, día y noche —empecé a levantar la voz más de lo que pretendía—. Esa canción me persigue, por mucho que me aleje de este lugar, y no soy al único que le pasa.

—¿Y eres el único que se molesta por ello? —tardé bastante en responder.

—Sí… creo que sí.

El anciano suspiró, e hizo una mueca de asentimiento. Se acomodó en su

viejo sillón y se aclaró la garganta.

—Está bien, joven. Pero ten presente que ya te lo avisé —dejó de enfocarme con la mirada, y clavó los ojos en algún lugar imaginario—. Hacía tiempo que no hablaba con nadie de los Müller. Eran un matrimonio agradable, quizá demasiado adinerados para este vecindario, pero no les faltaba humildad. Sus hijos se juntaban con el resto de los niños para jugar en la calle.

—Tenía entendido que murieron sin descendencia —el viejo asintió—. Pero…

—Los cuatro chicos cayeron en batalla.

Hubo un silencio, más largo de lo que a mí me habría gustado.

—Y… —añadí, para romper el silencio mientras pensaba qué preguntar— ¿no tuvieron ninguna hija? —Thomas negó con la cabeza— Entonces, ¿quién es esa mujer?

La expresión del viejo Weber se endureció. Noté, por la forma en la que me miraba, que no quería seguir hablando de aquel tema. Aún así, insistí.

—Greta Müller se dedicaba a la música. Tocaba el piano —aquello me pilló de sorpresa—. Recuerdo el día en que recibieron la noticia. Vino una pareja de militares de alto rango. La pobre Greta se echó al cuello de uno de ellos, pero la consiguieron reducir y calmar entre su marido y el otro soldado. A partir de ese día, esta melodía sonaba cada día, y cada noche, hasta que la mujer murió, nadie sabe si de pena o de inanición.

Un fuerte e irritante acorde, como el de días atrás, interrumpió el discurso del viejo. La canción volvió a cambiar. Esta vez, el cambio era notable. La melodía ya no era agradable al oído. Era perturbadora y macabra, e iba acompañada de unos suaves sollozos de mujer.

Weber y yo nos miramos fijamente. Al menos sabíamos que nosotros dos estábamos bien. Automáticamente, pensé en mi mujer y mis dos hijos. Me levanté con tanta fuerza que la silla volcó, y salí corriendo del apartamento sin cerrar la puerta.

Todos estaban sanos y salvos en mi casa. Me tomé el pulso, no creía siquiera que un ser humano pudiera llegar a tal número de pulsaciones por minuto.

—¿Qué ocurre, cariño? —me preguntó mi esposa, al verme tan alterado.

—¿Lo has escuchado? —Marie me miró extrañada— La música.

—Ah, sí. ¿No te parece preciosa, Ernest? A los niños les encanta. Karla ha mejorado mucho de su insomnio, ahora duerme como un angelito por las noches.

Esa reacción me descolocó, pero lo hizo más todavía el hecho de que todos los vecinos pensaban lo mismo que Marie. Y recordé las palabras del viejo Webber: «¿Y eres el único que se molesta por ello?» ¿Qué le estaba ocurriendo a aquella gente? ¿O era a mí? ¿Por qué yo sentía la música de forma distinta al resto del vecindario?

Al día siguiente, se extendió una noticia por toda la calle. Georg Fischer, vecino del número 3, había quedado inconsciente de forma permanente. Era un conocido aficionado a los clubes nocturnos de boxeo. Frecuentaba uno que se situaba en la orilla del lago Alster. Jamás lo había visto con rasguños más graves que una fractura del tabique nasal o un ojo hinchado. Sin embargo, si los rumores eran ciertos, en la última reunión lo habían desfigurado por completo. Su muerte, días más tarde, fue marcada por otro escalofriante acorde y un cambio de tono en la melodía, que era cada vez más oscura. Los sollozos de la mujer pasaron a ser un llanto.

Todo el mundo parecía ser consciente de aquellos toques macabros. Sin embargo, nadie los relacionaba con las desgracias que vaticinaban. También seguían sin notar el evidente cambio que había sufrido la melodía, ni aquellos sollozos que la acompañaban.

Durante la siguiente semana, casi no pegué ojo. La escalofriante canción me acompañaba allá donde iba. Y, con ella, infinidad de pensamientos que preferiría no describir. El siguiente toque macabro me pilló durante la jornada laboral. No sabría explicar bien cuál de mis sentidos lo captó, pero no fue el oído. Simplemente, supe que se había producido. Ese día no rendí como debía en la fábrica. Solo pensaba en volver a casa, para descubrir qué había ocurrido esta vez. A esas alturas, solamente quería que no fuera nadie de mi familia.

Y no lo era. Días más tarde, las autoridades encontraron el cuerpo ahorcado de Agnes Schültz en su casa. Los vecinos de al lado habían notado un olor extraño y, como la anciana no les había abierto la puerta, llamaron a la policía.

Había llegado ya el punto en el que la oscura canción, junto con los horribles quejidos de la mujer, me provocaban una ansiedad constante. Mi sueño se había resentido, así como mi rendimiento habitual en el trabajo. El capataz ya me tenía fichado.

Ante este panorama, lo único que se me ocurrió fue volver a hablar con Thomas Webber. Mis sospechas se confirmaron cuando el viejo me cerró

la puerta en las narices al verme.

—¡Chico, tienes una pierna metida hasta el fondo! ¡Haz el favor de no pringar la que te queda libre! —me gritó desde detrás de la puerta con su voz ronca.

—¡Thomas, esto es serio! ¡Ya han muerto tres personas! ¡Y la gente no es consciente de la relación que tiene la maldita música con todas las muertes!

No recibí respuesta, pero volví al día siguiente, después del trabajo. Y al siguiente. Al cuarto día, el anciano me abrió la puerta. Di un paso para entrar y me arreó en el vientre un fuerte golpe con su cayado. Me retorcí de dolor, mientras el viejo se colocaba en su sillón y encendía su vieja pipa.

—Me imaginaba que ibas a ser lo suficientemente inteligente como para hallar la relación entre la música y las muertes, pero no creí que serías tan necio como para indagar en ello.

Me senté en una silla, frente a él, todavía dolorido. Tras un largo silencio, me soltó:

—Va a morir una persona más.

Tardé unos segundos en asimilar la información que había escuchado.

—¿Cómo lo sabe?

—No lo sé, es un presentimiento. Cuatro vidas por cuatro vidas, intercambio equivalente.

—Sus cuatro hijos… —Thomas asintió— ¿Por qué no seis? Ellos dos también murieron.

—Porque está cobrándose el precio de aquello que le fue arrebatado. Su bien más preciado. Sus hijos.

—Pero… —me quedé pensativo— Nosotros no le quitamos a sus hijos. Su venganza debería ser contra los franceses, o los ingleses, o los rusos. O incluso contra el propio Imperio Alemán, por mandar a sus hijos a la muerte. Yo también perdí gente allí, yo también soy una víctima. Todos lo somos. ¿Por qué nos hace pagar a nosotros?

—La respuesta a eso solo la saben Dios y ese… —apuntó con su bastón en dirección a la gran casa— ser…

Se produjo otro eterno silencio.

—Entonces, ¿qué propones, viejo?

—Nada —lo miré con extrañeza—. No hagas nada. Deja que eso acabe lo que ha venido a hacer, para que todos podamos volver pronto a nuestras vidas. Con suerte, puede que yo sea el último de su lista.

—¿Me estás diciendo que, sabiendo que va a morir una persona, no debería hacer nada por impedirlo?

—No sabemos de lo que es capaz.

—De matar.

—Hay cosas peores que la muerte.

—¿Como qué?

—La soledad.

No me gustaba que los silencios fueran tan largos, porque me permitían escuchar, con toda claridad, el piano y el llanto de la mujer.

—Está bien. Te haré caso.

Pasaron los días y todo continuó igual. Yo seguía sin poder dormir bien, eso repercutía en mi trabajo y, a su vez, en el humor del capataz. Llegó la última semana de octubre y, con ella, una noticia para la que no estaba preparado.

—Ernest, Karla está muy caliente y hoy no ha comido nada.

Fui a ver a mi hija. Tenía la piel tan pálida que podía vislumbrar sus vasos sanguíneos a través de ella. Tenía una tos horrible y los conductos nasales obstruidos. Le toqué la frente y comprendí que eso no era una fiebre normal. Aquello lo había traído el mismo diablo desde el infierno.

—Con esto puedo aliviar el sufrimiento de la niña —dijo el médico, mientras le daba una cucharada de un líquido espeso—, pero no puedo hacer nada más por ella.

Marie estaba entre mis brazos, con la cara apoyada en mi hombro. Ella no quería que los niños la vieran, pero estaba llorando. Hans estaba de rodillas, junto a la cama de su hermana pequeña, agarrándole la mano. Y aquella condenada mujer seguía llorando y tocando el maldito piano.

Me planté frente a la puerta de Thomas y la golpeé con fuerza.

—¡ES MI HIJA! —chillé, totalmente fuera de control, y volví a golpear— ¡ESA COSA SE VA A LLEVAR A MI HIJA!

No hubo contestación. El viejo me tenía miedo en ese momento.

Los siguientes días los pasé junto a la cama de mi hija, sin dormir, con un orinal al lado, y comiendo lo que mi mujer y mi hijo me traían. Mi mano izquierda agarraba la derecha de Karla, pero mi mirada no se desviaba de la ventana de la casa de enfrente.

Último día de octubre. Karla estaba dormida por la medicina, y no abrió los ojos en toda el día. Mi niña estaba en las últimas. No podía dejar que aquello acabara así. Me levanté de la silla por primera vez en tres días. Caí al suelo cuando intenté dar el primer paso. Las piernas tardaron en responderme. Me dirigí a la cómoda del salón y saqué el baúl. Lo abrí, y allí estaba.

Agarré mi Parabellum, que no había sido disparada desde la Gran Guerra. Le limpié un poco el polvo y le metí un cargador. Salí del edificio sin que mi mujer siquiera se percatara de que yo había cruzado la puerta de nuestro apartamento. La cerradura de la casa de los Müller cedió con dos disparos, y empujé la puerta de una patada.

Entré. Allí, el llanto y el piano se escuchaban con eco. Subí unas grandes escaleras de caracol que estaban frente al recibidor, preparado para cualquier situación. El olor a polvo y a cerrado inundó mis fosas nasales. Solo había una habitación que desprendía luz.

Aquella luz venía de una vela encendida, que no había soltado nada de cera quemada. La vela estaba encima de un gran piano de cola, que estaba siendo tocado por lo que parecía una mujer alta y delgada. Le caía una gran melena negra, vestía un largo camisón blanco y estaba llorando.

Entré a la habitación, apuntando a la cabeza de la mujer. Se giró. Su piel era blanca como la nieve. Me miró con unos ojos grandes, llenos de lágrimas y rodeados por ojeras. Se podía decir que era hermosa, aunque dolía ver tanta tristeza en un rostro. Pero, de repente, la boca se le abrió en una forma físicamente imposible para soltar un grito inhumano. Aquel sonido quebrantaba todas las leyes que rigen este universo.

Lo que hacía escasos segundos había sido una hermosa mujer llorosa pasó por encima de la banqueta en la que estaba sentada y se arrastró hacia mí, a lo que yo reaccioné vaciando el cargador. Sin embargo, solo había hecho falta una bala para que aquel ser se convirtiera en ceniza delante de mis ojos. En aquel momento, la vela encendida empezó a derretirse, como lo haría cualquiera de este mundo, y la ceniza se esparció,

fundiéndose con la suciedad natural de aquella casa.

Salí de allí sin saber muy bien lo que acababa de ocurrir. Subí a mi apartamento y busqué a mi familia. Estaban los tres en la habitación de Karla, muertos. Me acerqué para tomarle el pulso a cada uno de ellos, pero antes de hacerlo ya sabía que ninguno iba a tener.

Unos golpes de madera chocando contra madera se acercaron por la escalera, junto a unos pasos cortos pero decididos. Thomas Webber apareció, ayudado por su bastón, a través de la puerta que yo mismo había dejado abierta al entrar.

—Te lo avisé muchacho, y no me hiciste caso —en la mano libre llevaba un revólver M1879—. ¿TE DAS CUENTA DE LO QUE ACABAS DE HACER?

El viejo cargó la pistola y me apuntó a la cabeza. Yo permanecí quieto, abrazando los cuerpos inertes de mi mujer y mis hijos, con las lágrimas cayendo por mis mejillas. Webber hizo un gesto de duda. Después, se metió el cañón de la pistola en la boca y disparó.

Para cuando el reloj marcó las doce de la noche y, así, el comienzo del día de Todos los Santos, todos los vecinos de la calle Kolberg habían muerto. Todos, excepto uno.

Capítulo 2

Gatita

¡Hola! ¿Cómo estás? Un poco asustada, supongo. Una voz que no has oído nunca comienza a hablarte en medio de la oscuridad de la noche. Porque no puedes ver nada, ¿verdad? Ay, perdona que me ría, lo siento, yo… Oh… lo acabas de intentar… ¿Querías encender la luz? Lástima, no puedes moverte. Pero eso lo has descubierto ya tú solita. Shh… no intentes gritar, tampoco puedes.

Pero tranquila, mujer. No puedo hacerte nada, tu marido me arrancaría la garganta si lo intentara, está acostado en la parte izquierda de la cama. Bueno… ¿lo está? Sí, ¿no? Entonces, ¿cómo es posible que ahora me estés escuchando por tu oído izquierdo? Oh, y ahora por el derecho otra vez. Izquierdo. Derecho. Izquierdo. ¡Y ahora por los dos a la vez! ¡Ja! ¡Me encanta este juego! ¿A ti no? Es como… ¡Sí! es como uno de esos vídeos de ASMR. ¿Te relaja mi susurro?

¿Te estoy poniendo nerviosa? Discúlpame, no era mi intención por nada del mundo. Venga, vamos a relajar tensiones. Bueno, ¿quieres verme? ¿Quieres poner una imagen a la voz que te perturba en la noche? ¿Sí? No. Esto perdería la gracia muy rápido. Sin embargo, podemos usar otros sentidos. ¿Qué tal el tacto? Te voy a presentar a Marilyn, es mi mascota. Es un poco traviesa, quizá te hace cosquillas con sus patitas.

¡Marilyn, no! ¡Araña mala! ¡No vayas a la cara! Ay, perdónala, es que le encanta acariciarle los párpados a sus nuevos amigos, es una manía extraña que tiene. Sí, cariño, ahí si puedes jugar. No te importa que se mueva un poco por tu vientre, ¿verdad? En realidad es muy buena. Aunque la veo con intenciones de bajar. ¡Ja! Espero que tengas buena sujeción en las bragas, es muy escurridiza. Si se cuela por donde no debe, va a ser difícil sacarla. Oye, ¿no estás sudando mucho? Ten cuidado, Marilyn se pone nerviosa cuando hay humedad. No le gusta nada.

Es curioso. Tú no sabes nada de mí. Ni mi nombre, ni mi aspecto… ni siquiera sabes si soy real o solo un producto de tu imaginación. ¡Ja! Pero yo sé mucho sobre ti. Lo sé todo. ¿Recuerdas a papá?

—Gatita, ¿quieres que vayamos a comer a casa de la iaia?

Era así, ¿no? ¡Ja! Tu respiración alterada me dice que sí. Son buenos recuerdos. Comer en casa de la abuela. Sobretodo cuando hacía sus lentejas, estaban buenísimas calentitas. De hecho las estás saboreando ahora, y puedes captar ese aroma de la infancia. ¡Sí, señor! Fueron momentos muy felices. Te gustaría recordarlo así todos los días, ¿verdad? Pero no puedes. Tu memoria está invadida por una versión más…,

digamos, reciente de papá.

—Belén… Tengo… tengo mucho frío…

Te viene ahora el olor a hospital, ¿eh? La quimioterapia lo destrozaba al pobre. Y todo para nada. ¿Cuánto resistió? ¿Solo dos meses? Una lástima. Recuerdas el momento exacto de su muerte. Esa macabra escena se recrea en tu mente una y otra vez. Los ojos azules abiertos de par en par, ya sin brillo. El monitor ECG emitiendo un molesto y continuo pitido agudo (piiiiiiiiiii) y dibujando una línea recta horizontal, sin resaltos. Tú misma le tomaste el pulso antes de que llegara el personal médico, no te lo terminabas de creer. Ese tacto tan frío, estaba congelado. ¿Más o menos… así? Ya tenía el cuello bastante arrugado, pero no es un detalle que te importara realmente. Lo clave es el escalofrío que te recorrió toda la espina dorsal al instante. ¡Sí, justo así! ¡Ja! ¡Tienes una excelente memoria sensorial!

Por cierto, ¿dónde ha ido Marilyn? Bueno, ya volverá, siempre vuelve. Lo que no sé es que hará hasta que eso pase. Esperemos que no tenga el día travieso.

¡Bueno! Ya hemos hablado de ti, preciosa. ¿Quieres que hablemos de mí? Te podría describir cómo luzco. Aunque caerías rendida a mis pies. ¡Ja! Como cualquier mujer. Imagínate una piel pálida y transparente, a través de la que se puede visualizar una red azul de lo que intuyes que son vasos sanguíneos.

Mis ojos son gigantescos, y están continuamente inyectados en sangre. Eso es porque no tengo párpados. Te contaré un secreto: yo mismo me los arranqué. ¡Ja! Era una noche terrible de insomnio. Entiéndeme, no podía más, ¡estaba iracundo! Tú también sabes lo que es eso, ¿verdad? Rabia, impotencia… Como cuando atacaste al médico de tu padre cuando llegó a la habitación. Pobrecillo, qué cara de susto se le quedó. ¡Pero se lo merecía! Esos hijos de puta detectaron tarde la enfermedad. Si hubieran hecho bien su trabajo, papá ahora estaría vivo, y disfrutando de sus nietos…

—Chicos, ¿os venís al parque con el iaio?

Tu expresión soñadora al ver lo felices que eran con su abuelo, y su abuelo con ellos. Sí… esas criaturitas se quedaron sin el iaio… Nos hemos desviado un poco del tema, ¿no? ¡Ja! Me suele pasar. ¿Por dónde iba? ¡Ah, sí!

Mi nariz. ¡Ja! Está torcida. Mucho. No como la del Profesor Dumbledore, no. Torcida de verdad, casi en horizontal. Pero, esto, no te voy a contar cómo ocurrió. Aunque puedes intentar adivinarlo. ¡Ja! ¡Puede ser

divertido! ¡Venga, inténtalo!

No estás de humor, ¿eh? Bueno, pues sigamos, entonces. Sí, mi boca, cierto. Tampoco tengo labios. ¡Madre mía, qué mal hecho estoy! ¡Debo de dar mucho miedo! ¡Ja! Mamá me los cortó como castigo por llorar tan fuerte por la noche. Aunque no lo recuerdo muy bien, todavía era un bebé. Se pueden ver perfectamente unos dientes podridos, con algunos huecos. Si inspiras hondo, puedes oler mi aliento fétido.

¡Ja! ¡No te pongas tan nerviosa, mujer, que era una broma! Es verdad que no me cuido mucho la dentadura, pero podrida no está. Además, ¿crees que si no tuviera labios podría hablarte como lo estoy haciendo? *Haglaría nás o nenos así. Hay nuchas letras que no codría cronunciar*. Y si tuviera la nariz tan torcida como te he dicho *hablaría con una voz así como nasal, ¿no?* Uy, si parezco Eros Ramazzotti. ¡Ja!

"Aunque hay distancias ya no estamos solos, hijos de una misma humanidad"

¿No te gusta Ramazzotti? Un poco anticuado sí que está, es cierto.

Y lo de los párpados. ¡Por favor! ¿Te crees que un ser humano puede sobrevivir mucho tiempo sin párpados? ¡Un poquito de cultura general, Belén! Aunque… ¿quién ha dicho que yo sea humano? ¡Ja! Quizá soy un gato. ¡Miau! Un gatito hablándole a una gatita. Irónico, ¿no crees? Un minino acariciándote los brazos con sus patitas acolchadas.

¡Ay, perdón! Se me ha escapado la uña. Está saliendo un poco de sangre, pero no es grave. O, al menos, no lo parece. Bueno, ha sido muy divertido charlar contigo, gatita, pero me voy a tener que ir ya.

¡Uy, si me iba sin Marilyn! Bah, es igual. Si la encuentras, cuídala. No creo que tardemos mucho en volver a encontrarnos. ¡Ja! Que tengas un sueño plácido… o lo que te queda de él.

•

Belén despertó, con la respiración agitada, en medio de una habitación blanca. Giró la cabeza para ver lo que había a su alrededor y, un instante después, se vio saltando de la cama y gritando, con el corazón martilleándole el pecho con fuerza. Cayó al suelo con las rodillas, y más tarde sentiría dolor en ellas, pero ahora no notaba nada a parte de agitación.

—¡Belén! ¿Qué te pasa? ¿Por qué gritas? —escuchó una voz conocida, pero todo le daba vueltas en la cabeza. No sabía distinguirla.

Desvió la mirada hacia la derecha y, al comprobar que quien le había hablado era Marc, volvió a fijar sus ojos en la pared detrás de la cama. Su

marido se acercó, con un pañuelo de papel en la mano, y aplastó la pequeña araña que correteaba por el gotelé blanco. El chico rodeó a la cama y atrajo a Belén entre sus brazos.

—Ya está, cariño. Tranquila.

Ella notó un dolor agudo en el antebrazo derecho, que vio que estaba vendado.

—¿Y esto? —preguntó Belén. Mientras lo hacía, la expresión sosegadora de Marc se volvió intranquila.

—Durante la caída —le costaba un poco expresarse—, te cortaste el brazo.

—¿Qué caída? —su marido abrió los ojos con sorpresa ante esta pregunta.

Cuando Marc tomó aire para hablar, unos golpes resonaron en la puerta, que hicieron que Belén se sobresaltara. Dos agentes de policía entraron en la habitación, y fue justo en ese momento, cuando se percató de que no se encontraba en su casa, sino en una habitación de hospital.

—Hola, buenos días —dijo el más mayor, que lucía un frondoso bigote lleno de canas—. Yo soy el agente Ñíguez, y este es mi compañero, el agente Ruíz —el chico era un joven ancho de espaldas y con una barba muy bien recortada—. ¿Es usted Belén Montero?

—Sí —respondió confusa—. ¿En qué puedo ayudarles?

La expresión de los policías también se volvió confusa. Se miraron el uno al otro, y después otra vez a la chica.

—Creo que no lo recuerda —añadió Marc, y el más viejo de los dos pareció entender.

—Señora, ¿recuerda usted algo antes de perder conocimiento?

—Creo que… —dijo, tras unos momentos intentando recordar— creo que falleció mi padre.

—Sí, esa es una de las cosas que ocurrieron. Por cierto, le acompaño en el sentimiento —ella asintió, agradeciendo el pésame—. Pero, ¿no se acuerda de nada más?

—No. Supongo que tras la noticia quedé en shock y me desmayé —el

agente Ñíguez respiró hondo.

—Bueno, no es exactamente lo que ha ocurrido —Belén notó que Marc la abrazaba con más fuerza. Le hacía daño en el brazo herido, pero le daba igual, se sentía segura entre sus brazos—. De acuerdo con los testigos, entre los cuales se encuentra su marido, después de la defunción, el doctor Amorós acudió a la habitación de su padre. Usted se le echó encima y, entre diversos insultos, le culpó por la muerte del señor Montero.

»Durante el forcejeo, ambos cayeron. Usted se hizo ese corte en el brazo y perdió el conocimiento —hablaba lento y le costaba mantener un tono firme—. Pero el doctor no tuvo tanta suerte.

Belén se quedó ojiplática, intentando digerir la noticia de que había matado a un hombre. Miró con miedo a los policías y se aferró con más fuerza al pecho de su marido.

—Siento mucho decirle esto, pero nos va a tener que acompañar a comisaría. Supongo que las esposas no van a ser necesarias.

—No, agente. No lo van a ser —respondió rápidamente Marc—. Mi amor, ve con ellos —le susurró—. Yo iré detrás con el coche, no te preocupes. Nos vemos allí.

Belén salió de los brazos del chico y, de repente, se sintió desnuda. Un escalofrío la invadió, como si hubiera salido a la calle en ropa interior durante un día nevado.

Cuando el agente Ruíz abrió la puerta de la habitación, se empezó a escuchar un murmullo constante que venía desde la parte izquierda del pasillo. Al salir, miró hacia allí. Había unos cuantos de trabajadores de emergencias y un cordón policial que impedía a los curiosos el paso a una habitación. Entre las personas que se encontraban tras el cordón, una mujer se giró y, cuando cruzaron miradas, su expresión se volvió hostil.

—¡ASESINA ASQUEROSA! —rápidamente, dos agentes de policía la agarraron antes de que se le echara encima— ¡HIJA DE PUTA! ¡OJALÁ TE PUDRA UN CÁNCER POR DENTRO COMO A TU PADRE! ¡ASESINA!

El agente Ñíguez se puso entre Belén y la mujer histérica. La cubrió con su cuerpo de forma protectora, tocándole suavemente los hombros, y la animó a avanzar hacia el final del pasillo. Tranquila, gatita, le pareció escuchar. Giró la cabeza con un movimiento brusco, esperando encontrar algo inesperado. Pero solo vio una sonrisa entrañable bajo el frondoso bigote del policía.